

... de la montaña...
... de la montaña...
... de la montaña...

CAPITULO II.

LA VOLTERETA.

... de la montaña...
... de la montaña...
... de la montaña...

... de la montaña...
... de la montaña...
... de la montaña...

(T.A.T.)

CAPITULO II.

LA VOLTERETA.

... de la montaña...
... de la montaña...

Proseguia la mocita su camino, lle-
vando en la mano una rama de avella-
no y arreando su borriquillo, disimulan-
do notar que el joven acababa de bajar
de su cabriolé; no volvía ella la cabeza
atras, contentándose con decir de cuan-
do en cuando: — ¡Arre Pigardo! y no
por eso Pigardo andaba mas lijero.

Muy pronto se reunió Augusto con la lechera y caminó algunos pasos detras de ella para examinarla : es bien formada segun se puede conjeturar bajo los dobles paños en que va envuelta , su pie debe ser pequeño, aunque encerrado en gruesos zapatos, y sus medias de lana cubren una pierna bien torneada que se puede ver cómodamente porque una lechera lleva los zagalejos muy cortos.

Augusto se adelanta, la joven lo mira, y parece admirada de ver al joven del cabriolé marchar á su lado. Sin embargo vuelve la cabeza y se contenta con pronunciar un ¡arre!... que no tiene nada de romántico.

Nuestro petimetre mira con atencion á la joven , que lleva una gorra en la parte superior de la cabeza, la que no le

oculta ninguna de sus facciones ; y Augusto se dice es linda : — buenos ojos, bonita boca, color de rosa, pero al fin nada tiene de extraordinario , la frescura de una aldeana , una hermosura rústica ; hubiera hecho yo muy bien en permanecer en mi cabriolé. Sin embargo, ya que he bajado, tratemos de que sirva de algo.

Y continuaba el joven considerando á la lechera ; se sonreia al mirarla, cuando esta á quien incomodaba el examen del señorito , le dijo con un tono brusco.

— ¡Ha acabado vm. ya de mirarme?

— Pues qué, ¿no es permitido el admirar á vm.?

— No me gusta que me miren así.

— Si no fuese vm. tan bonita no la miraria tanto.

— ¡Si habla vm. así á las mujeres de Paris, muchos semblantes debe vm. tener en la cabeza!... Se reconoce á las gentes cuando se les mira tan de cerca; pero entre nosotras no hallamos eso muy político... ¡y no habia necesidad de venir á hacer aquí el lindo de esa manera!...

— Mal he hecho en bajar de mi cabriolé, dijo para sí Augusto; continuó sin embargo marchando junto á la joven, y le dijo al cabo de un momento :

— ¿Es vm. lechera?

— ¡Pardiez! eso es facil de conocer... ¿Acaba vm. de adivinarlo?

— ¿Quiere vm. venderme leche?

— Ya no tengo.

— Sin duda la lleva vm. á Paris...

— Yo no voy tan lejos.

— ¿De dónde viene vm. pues?

— Es vm. muy curioso.

El tono de la joven no era para animar, y Augusto miró á lo lejos si divisaba su cabriolé; pero el lijero carruaje habia desaparecido, porque Pigardo se detenia con frecuencia á comer hojas ó yerba á pesar de los golpes que su ama le daba con la rama de avellano.

— ¡Sabe vm., mi hermosa joven, le dijo Augusto, que no es vm. muy amable! al verla tan linda, la hubiera creido yo mas dulce... menos arisca.

— Eso es, ¡el señorito pensaba trastornarme la cabeza con sus cumplimientos!... pero ya estamos acostumbradas á encontrar jóvenes de Paris... ¡Siempre la misma cancion! ¡ellos creen hacerse mucho lugar con decirme que soy boni-

ta!... ¡Ah! ¡son vms. unos zalameros! pero yo no les hago caso, ¡Vaya vm. con Dios!

— ¡Qué digan ahora que la virtud no habita en los pueblos! dijo para sí Augusto. ¡Ah! veo claramente que en los campos es donde se encuentran las costumbres puras de los antiguos patriarcas, esas doncellas celebradas por los poetas, esas.... Ese diablo de Bertrand tenia necesidad de llevar tan lijero á Bebelá... lo habrá hecho de propósito... y cuando decia yo que habiamos llegado, mentia... ¡faltan todavía lo menos tres cuartos de legua!...

Para acabar de desconsolar al joven, dejó la lechera el camino real y tomó uno de travesía por el bosque: estuvo Augusto indeciso un momento en la en-

trada de la senda... ¿tomará el camino que ha llevado su cabriolé ó seguirá á la joven?... El primer partido es el más razonable, y eso es bastante sin duda para que se decida en favor del segundo.

En el tiempo que habia pasado Augusto en decidirse en la entrada de la senda, se habia alejado la lechera, quien proseguia caminando por la senda, y, persuadida de que el joven habia seguido el camino real, se entretenia en cantar, llevando por delante á Pigardo.

Ya que dices que me amas

Procurámelo probar;

Pero eres un buen señor

Que me quieres engaitar.

— ¡Muy bonito!.... aunque la rima

no sea muy rica, dijo Augusto, doblando el paso para alcanzar á la moza, quien volvió la cabeza, y se sorprendió de ver al joven en la misma senda que ella habia tomado.

— ¡Cómo! ¿por aquí viene vm.?
dijo la lechera con un tono de voz mal asegurada.

— Sin duda.... este camino es delicioso.

— ¿Pues, cómo no va vm. á buscar su cabriolé?

— No puedo resolverme á dejar á vm....

— ¡Ah! vm. pierde su tiempo, señor, yo le aseguro que hará mejor en correr hácia su carruaje...

— Yo quiero mucho mas caminar junto á vm... aunque me trate con ri-

gor; pero tengo la idea que no será vm. tan mala como quiere aparentar.

— Pues bien, vm. se equivoca; no soy buena de ninguna manera, pregúnteselo vm. á todos los jóvenes de Montfermeil como los recibo cuando tienen gana de chancearse... ¡Ah! Dionisia Fourci es bien conocida en el pais.

— Dionisia Fourci... bueno, ya sé su nombre de vm.

— ¿Y qué con eso? ¿qué adelanta vm. con esa noticia?

— El poder saber con facilidad noticias de vm., y volverla á encontrar cuando yo quiera.

— Pardiez, que no ando perdida, y se me encuentra fácilmente.

— ¡Pero qué! Dionisia, ¿en su edad

de vm. y siendo tan bonita no tiene vm. un amante?

— ¡Y qué le importa á vm. eso?

— ¡Oh! ¡mucho!

— En los pueblos no nos apresuramos tanto como las señoritas de la ciudad.

— ¡No se tiene corazon en el pueblo como en cualquiera otra parte?...

— Sí, pero no ceba el fuego en él tan pronto como en el de vm. que se me figura que tiene un corazoncito de yesca.

— ¡Ella es en verdad buena pieza! dijo Augusto riéndose.

— ¡Ella! dijo la joven lechera con aire de enfado; ¡qué políticos son estos señores!... ¡Ella!... no parece sino que hace mucho tiempo que nos conocemos...

— En vm. consiste que en un momento seamos los mejores amigos del mundo... y para comenzar es necesario que le dé á vm. un abrazo...

— No... no, señor... nada de semejantes cumplimientos... si á vm. le acomoda... ¡Oh! ¡ándese vm. con tiento, porque le voy á arañar!...

Augusto que estaba acostumbrado á arrostrar por semejantes repulsas cojió á la lecherita por mitad del cuerpo, y procuró arrimar sus labios á las frescas y encarnadas mejillas de la joven aldeana; pero esta se defendió de diferente modo que las damas de la ciudad; es cierto que una aldeana está menos atada en sus vestidos, que no teme que se los ajen, y que la escotadura de su justillo no le impide el menear los brazos; esta

es sin duda la causa porque es mas difícil de obtener de ellas un beso.

Se dió por fin el beso; pero costó caro á Augusto, que llevó sobre el ojo izquierdo la señal de dos uñas. que hizieron en lo vivo el rostro del hermoso señorito de Paris. Ambos combatientes quedaron vencidos, porque ambos llevaron las pruebas de su derrota... La guerra sin embargo parecia quedar aun declarada. Dionisia dos veces mas encarnada que antes del combate, arregló su pañoleta, dirijiendo al joven miradas airadas; este llevó las manos á su rostro, y al advertir que tenia sangre, la enjugó con su pañuelo, mirando á la joven lechera con menos ternura, porque las dos uñadas habian amortiguado singularmente su ardor.

— Bien hecho, dijo por fin la muchacha; eso le enseñará á vm., señor, á querer abrazar á las jóvenes á pesar suyo.

— Es cierto que yo no esperaba ser tratado de este modo... Por un beso.... ¡desfigurarme!...

— Si hiciesen lo mismo todas las mujeres, no seria vm. tan atrevido.

— Gracias á Dios que no todas piensan como vm.... me ha hecho vm. un mal horroroso.

— ¡Oh! lo que mas lo desazona á vm. es que eso será visible, tiene vm. miedo de estar menos hermoso.

— No, aseguro á vm. que no es eso lo que me ocupa... Estoy enfadado de haber excitado verdaderamente su cólera

de vm... Conozco que me he excedido...
Vaya, Dionisia, hagamos las paces.

—No, señor; no, no lo escucho á
vm. mas.

Y la lechera, creyendo que el joven queria volverla á abrazar, corrió á su jumento, con el fin de alejarse mas presto, saltó á la grupa de Pigardo y le menudeó los latigazos. Pero el jumento tenia por costumbre el ir pacíficamente al pueblo ramoneando lo que encontraba al paso, y sin llevar jamas á su ama sobre sus costillas. Turbado en su viaje diario por aquella carga inesperada, tomó Pigardo un trote acelerado, y entró en el bosque á pesar de los esfuerzos de su ama, que quiere hacerle seguir el camino trillado. Oyó Augusto los gritos de la joven que queria en vano detener

al animal, y le costaba mucho trabajo apartar las ramas que iban á cada instante á lastimarle el rostro. Olvidando las señales que Dionisia habia impreso en su mejilla, corrió Dalville siguiendo las huellas de la lechera, á fin de conducir al jumento por el buen camino; pero al oír correr detras de él, redobló el maldito animal su celeridad, y se abalanzó á la aventura por los sitios mas enmarañados del bosque... Al punto una fuerte rama interceptó el paso á la lechera mientras que su cabalgadura desfilaba por debajo, dió ella una voltereta al suelo, y al caer, retuvo otra rama su saya, con cuyo motivo la pobre Dionisia cayó boca á bajo, teniendo su zagalejo por encima de la cabeza, y no

estando ya por consiguiente... en donde debe estar ordinariamente.

Llegó Augusto en este momento.... Facil es de adivinar lo que le sorprendió su vista... y lo que el zagalejo no cubria era blanco, fresco, y bien redondo... pero es necesario hacer justicia al joven, en lugar de divertirse considerando tan lindas cosas, fué corriendo á Dionisia que gritaba, lloraba y se desesperaba. Consiguió desembarazarle la cabeza de entre las sayas, luego cubrió muy lijero... lo que ya se sabe...

Se levantó Dionisia; pero estaba enteramente avergonzada, no se atrevia á dirigir la vista hácia el joven que lejos de aprovecharse de aquella turbacion,

se informó con conato si acaso estaba herida.

— ¡Oh! no... no es nada, dijo Dionisia ruborizándose aun... No me acordaria mas de ello, si... esta maldita rama... ¡Por cierto, que soy muy desgraciada!

— ¡Qué! ¿porque se haya vm. caido? pero, hija mia, eso puede suceder á todo el mundo.

— Sí, pero se puede caer sin enseñar... sin hacer ver... No importa, vm. es el primero que lo ha visto, en toda la vida.

— ¡Ah! yo me alegrara de ser tambien el último... Vamos, ¿por qué ese aire enfurñado?... Pues bien yo aseguro á vm. que no he visto nada; no he pensado mas que en socorrerla...

¡Tenia miedo que se hubiese lastimado!... Yo hubiera sido la causa, porque sin mis atolondramientos hubiera vm. continuado tranquilamente su camino, y no hubiera pasado nada de todo esto.

Dionisia escuchaba á Augusto, se habia pasado su cólera y aun se sonrió diciéndole: — ya no le quiero á vm. mal, es vm. mas honesto de lo que yo creia; si hubiera caido así delante de los mozos del pueblo, hubieran comenzado á reirse, y luego me hubieran dicho mil necedades... y no hubiera parado en eso... en lugar de que vm. me ha levantado muy pronto, y con aire tan despavorido... Ahora siento el haber dado á vm. mis arañadas... Pues bien, abráceme vm. para probarme que me perdona.

Se aprovechó Augusto de este permiso. ¡Estaba Dionisia tan linda cuando se sonreía! y una mujer que se defiende con tanto vigor añade un gran precio á los favores que concede.

Quedó pues restablecida la paz entre la lechera y el joven. Pero ya no estaba allí Pigardo; gozoso de haberse desembarazado de su carga habia continuado trotando por entre el bosque. — ¡Oh! no tengo cuidado, dijo Dionisia, estoy segura de que ha ido á mi casa; tomemos este sendero, y estaremos muy pronto en el pueblo.

Se pusieron en camino, marchando la joven junto á Augusto que comenzaba otra vez á hallarla hechicera despues que le sonrió y que le hubo permitido abrazarla. En efecto no era ya la misma

la fisonomía de Dionisia; un mal talante no pega bien á un rostro bonito, y lo que está destinado para inspirar amor no debería tomar jamas el aspecto de la cólera.

Muy pronto salieron del sendero y bajaron una colina que conducia á Montfermeil.—Este es mi lugar, dijo Dionisia, y mire vm., mire vm. mi jumento que va trotando por allí... ¡Oh! yo bien sabia que iria á mi casa... ¿Tiene vm. por ventura algun quehacer en este pueblo?

—No lo tengo; voy á la casa de campo del señor Destival: ¿la conoce vm.?

—Ciertamente; yo llevo la leche á su casa, cuando la señora está allí por el estío; siempre me recomienda sus quesitos... ¡Ah! yo los hago muy bue-

nos... Esta mañana les he llevado uno mas grande porque la doncella Julia, la aya de la señora, me ha dicho que esperaban gente de Paris.

— En tal caso, es probable que tenga yo el placer de comer de sus quesos de vm.

— Pero si vm. va á casa del señor Destival, no hay necesidad de tomar el camino del pueblo. Voy á enseñar á vm. el que debe seguir.

— Vm. seria mucho mas amable si vm. misma me condujese, puesto que no tiene cuidado de su asno, nada hay ahora que la dé prisa.

— ¡Oh! señor, no, bien veo que es vm. honrado; pero le gusta mucho abrazar á las muchachas... Además de que mi tia me está esperando... es ya mas de

medio día, es hora de comer... Mire vm., señor, siga vm. ese camino que sube por allí... luego la primera senda á la izquierda... luego el camino verde y se hallará vm. delante del paraje á donde va.

— Yo no me podré acordar jamas de todo eso... Vm. será la causa de que me pierda.

— ¿Qué necesidad tenia vm. de haber dejado su coche?...

— Sus lindos ojos de vm. me han trastornado la cabeza.

— ¡Ah! ya va vm. á comenzar de nuevo... ¡Vaya vm. muy lijero, que sino se comerán el queso de crema antes que vm. llegué!

— Lo sentiria mucho, supuesto es vm. la que lo ha hecho.

— El camino que sube... luego á la izquierda... luego el camino verde... Adios, señor.

— Otro beso, Dionisia...

— No, no... ¡Oh! esas cosas no se deben hacer á menudo... no hallaria vm. ya placer en ello.

Y Dionisia bajó con viveza la colina, y luego tomó el camino que la llevó al pueblo. Augusto la siguió con los ojos largo rato diciendo: — es muy graciosa.. y tiene talento. ¡Qué lástima que no habite en Paris!.. Pero ¿qué es lo digo? si estuviese en Paris se pareceria á otras mil; si me han petado su figura y su talante es únicamente porque es lechera. Vamos, sigamos el camino que me ha indicado y apresurémonos á llegar... Estoy seguro que los tiene impacientes

mi tardanza; el pobre Bertrand no sabrá qué decir, ¡y madama Destival me pondrá hocico! ¡Pero hocico!... ¡Ah! Dios mio, ¡y estas arañadas! ¡qué diablos voy á decir por esto!... ¡Ah! á fe mia diré que me he despellejado cojiendo avellanas... Es una lástima que no tengan pinchos los avellanos... Sobre todo, que crean lo que quieran.

Se decidió Augusto á ponerse en camino, pero aun echó una mirada hácia el pueblo de Dionisia, y dijo, al alejarse: — yo vendré á conocer á Montfermeil.

CAPITULO III.

EL NIÑO Y LA OLLA.

Seguia Augusto el camino que le habia indicado Dionisia, pensando todavía en su lecherita; el hombre mas voluble conserva la memoria de la última mujer que ha acertado á gustarle, hasta que un nuevo objeto agradable, haciéndole experimentar nuevos deseos, borra